

El goce fuera del cuerpo

Igor Teo, teo.igor@gmail.com

Cuando enfrentamos cuestiones difíciles en psicoanálisis, debemos volver a sus bases para entender mejor desde el principio lo que se presenta como un difícil problema conceptual. Es, por lo tanto, que propongo retomar a Freud en la discusión sobre *el goce fuera del cuerpo*. En el texto sobre *el chiste y sus relaciones con el inconsciente* (1905), Freud nos guía por algunas pistas para pensar este goce que no se identifica en el propio cuerpo del sujeto.

Recordemos que lo que caracteriza al psicoanálisis como un saber diferente de la psicología y de la psiquiatría, no pudiendo ser reducida a éstas, es su concepto de **inconsciente**. Mientras la psicología centra sus estudios en el psiquismo y sus facultades mentales, como sensación, percepción, atención, memoria, imaginación y entendimiento, siempre referidos a la conciencia, Freud rompió con este modelo al concebir el psiquismo como un aparato de lenguaje ya en sus estudios prepsicoanalíticos sobre las *afasias* (1891).

En el texto sobre la *Interpretación de los Sueños* (1899), Freud da un paso más hacia el inconsciente, y el aparato de lenguaje pasa a ser comprendido como un conjunto de signos capaz de dotar de sentido a las experiencias vivenciadas por el sujeto. Vemos así que, desde el principio, inconsciente y lenguaje están relacionados en la obra freudiana. Tal relación está marcada por el equívoco, pues una vez que el psiquismo está fundamentado sobre el lenguaje, sufre todas las consecuencias de este. Me refiero a los lapsos, actos fallidos y simbolismos que son la materia prima del significado - o de la falta de él.

Siguiendo esa lógica, en *Los chistes y su relación con el inconsciente*, Freud explora el fenómeno del chiste como un juego de lenguaje. El chiste puede ser un juego de palabras, un equívoco intencional o no en el que encontramos a las palabras un sentido diferente del que esperamos inicialmente. Hacer un chiste es un arte. Requiere habilidad sobre el lenguaje para jugar con el doble sentido, el doble entender. Para hacer un chiste necesitamos equivocarnos con las palabras para permitir que ellas digan otra cosa.

Si el texto freudiano es rico en ejemplos, daré sólo uno aquí para intentar sintetizar lo que vamos a desarrollar, sin pensar que con eso agotaremos el tema.

Se trata de la historia de un rey que pasea por sus dominios, cuando encuentra a un aldeano que es extremadamente parecido consigo mismo. El rey está extremadamente impresionado con la similitud física entre ellos, y pregunta al aldeano: "¿Su madre ya estuvo en la corte?". El aldeano, entendiendo muy bien la intención del rey, le responde: "No, señor, pero mi padre sí".

Vamos a cometer el sacrilegio de explicar la broma para proseguir nuestro estudio. La pregunta que el rey dirige al aldeano es extremadamente ofensiva, pero éste, muy elegante, le da el cambio en la misma moneda. Lo que garantiza la gracia de la historia no es otra cosa sino el juego de palabras, porque si fuésemos a expresar directamente su intención, retirándole el ropaje de chiste, lo dicho sería extremadamente ofensivo.

La respuesta del aldeano, expresada de forma directa, sería algo como: "No, señor, su padre no tuvo sexo con mi madre, pero probablemente fue mi padre que tuvo sexo con la suya". Sin embargo, en este maravilloso chiste, el cambio de ofensas se resguarda a través de una respuesta aparentemente absurda con relación a la pregunta inicial, pero que engendra un sentido cómico a las palabras usadas por el aldeano cuando figuramos después su intencionalidad.

No por casualidad los chistes son usados para coquetear con lo prohibido, aludiendo a la obscenidad y todo aquello que en nuestras relaciones cotidianas recalamos. Son en estas bromas que el sujeto del inconsciente triunfa momentáneamente con relación a la represión. Cuando a través del consentimiento de que "es sólo un chiste", nos sentimos autorizados a decir aquello que, en otra ocasión, con seriedad, debería ser reprimido. Y reímos. Porque esa pequeña transgresión nos da placer, desde que mantenemos el pacto: "fue sólo un chiste, yo no quise decir eso de verdad ..." Hay un goce circunscrito que supuestamente no debería ofender a nadie.

Para hacer un chiste, así como el aldeano, hay que parecer tonto, fingir un equívoco, para después triunfar sobre el propio lenguaje. Revestido de un carácter no pretencioso, el chiste promueve la libre expresión del pensamiento. Pero no es sólo como comicidad que Freud concibe el chiste. Según el creador del psicoanálisis, el chiste es un **fenómeno social**.

Nadie se contenta de hacer un chiste sólo a sí mismo. Tan pronto pensamos en algo gracioso tenemos la urgencia en contárselo a alguien. Nos explica Freud que el impulso a compartir lo que nos hizo gracia está ligado a la propia forma de elaborar un chiste. Para que haya verdaderamente un chiste es necesario que éste sea transmitido a

alguien, como si el proceso psíquico no estuviera finalizado hasta entonces.

Freud se da cuenta de que, si conozco la fuente del humor, no puedo reírme. Escuchar un chiste que ya conocemos no tiene la misma gracia que cuando lo escuchamos por primera vez. O, cuando soy el propio inventor del chiste, estoy trágicamente privado de sentir placer por mi propia creación. Es estrictamente necesario que yo cuente el chiste a alguien que lo desconozca. No por casualidad cuando escuchamos un chiste o vemos algo divertido queremos contárselo a alguien y podemos estar profundamente decepcionados si la persona no reacciona positivamente a nuestro humor. En el fondo, estamos demandando que la otra persona se divierta con lo que quiero contar. ¿Por qué?

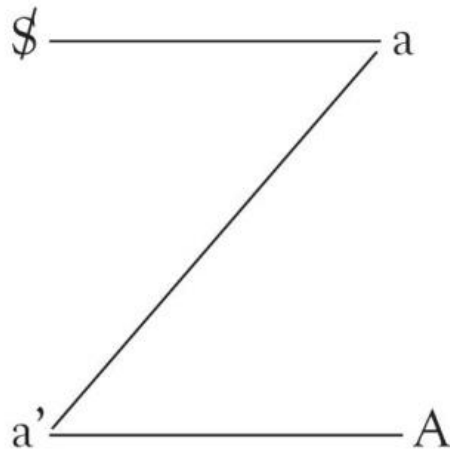
Freud nota que somos impelidos a contar nuestro chiste a alguien más porque somos incapaces de reírnos de él una vez que ya tenemos en nuestra memoria los rastros de su formación. Para algo ser cómico, debe ser como una sorpresa, una novedad. Al contar el chiste a otra persona, tengo la expectativa de que ella reaccione de la misma manera que yo mismo he reaccionado antes. Que sea una sorpresa para ella.

El chiste, en su etapa inicial, como un juego de palabras y pensamiento, parece prescindir de algo más. Pero para que se dé la risa, tengo que contárselo a alguien. Necesito una tercera persona, que no soy yo mismo, tampoco es mi objeto de broma. Es un tercero que reconoce el humor. Y que ría, tenga placer, goce de él.

De este modo, al contar el chiste a otra persona, tengo como objetivo reencontrar mi placer perdido, aquel que ya no puedo alcanzar solo, pero que - si mi chiste es exitoso - puedo encontrarlo al provocar la risa en el otro con lo que me identifico. El placer original perdido retorna como goce cuando me identifico con alguien cuya risa me recuerda a la mía.

Para Freud, se trata de una estructura ternaria. La primera persona es aquella que comunica el chiste, que soy yo; la segunda persona es el propio objeto del que hago broma; la tercera, a su vez, es el otro que escucha y reconoce mi chiste. Alguien que, al reír, puedo identificarme con su carcajada, y por identificación gozar también. Es necesario suponer que hay otro que está allí gozando.

Este goce no es mío, *es ajeno y fuera de mi cuerpo*, pero forma parte de mi economía libidinal al componer la estructura por la que alcanzo mi propio goce. Lacan, muy atento al texto freudiano, nos presenta una estructura muy parecida en su *seminario 2* (1955), el **Esquema L**.



Sin embargo, el modelo que Lacan nos presenta tiene una estructura cuaternaria, diferente de la que Freud utiliza en sus tres elementos. ¿Qué motivo podemos imaginar para esa diferencia? La razón es que Lacan diferencia conceptualmente el sujeto que habla del yo como una instancia psíquica, distinción ausente en Freud. Pues Freud entendía que el yo, nuestra identidad, y la primera persona del lenguaje eran la misma "persona". Esto que, con Lacan, aprendemos a diferenciar en un análisis.

En el esquema lacaniano, \$ es el sujeto, el sujeto analítico. Lo que no representa al sujeto en su totalidad, ya que Lacan critica la concepción de que pueda existir un sujeto total. Pues si existiera, estaríamos cada uno de nosotros en su canto, siendo total. Es porque para todos se establece una falta y nadie es total que los sujetos se unen entre sí, buscando construir algo juntos. Lo que importa al psicoanálisis, por lo tanto, no es el sujeto en su totalidad, sino en su apertura.

Sin embargo, el sujeto no se ve en \$. Él se ve en el a' , es decir, como un yo. Este yo es una construcción simbólico-imaginaria de su historia. Lo que se entiende como carácter o personalidad en psicoanálisis es esta construcción originada de nuestras identificaciones imaginarias. El análisis nos enseña que el yo es una forma de colocarse en el mundo, constituir objetos. Es a partir de él que nos relacionamos simbólicamente - es decir, a través del lenguaje - con los demás. Lacan atribuye al otro en el esquema el lugar de a .

De la relación entre el yo (a') y otro (a) se interpone una dimensión que identificamos como el propio lenguaje (A, el "Grande" Otro). Incluye desde las reglas de la gramática, que necesito usar de forma casi automática al hablar, hasta la dimensión de los significantes que le tomo prestado para simbolizar el mundo. La dimensión del lenguaje se coloca entre un yo y otro para que se pueda hablar, y a él que debemos remitirnos para hacer pasar un mensaje. Al mismo tiempo, el lenguaje

funda un muro, pues nunca se llega exactamente al otro lado, y al hablar estamos siempre refiriéndonos a este muro.

Al hablar al otro, suponemos que existe, además de la persona que habla (que soy yo), un otro sujeto (A), alguien a quien se pueda hablar para hacer llegar el mensaje. Es necesario suponer un sujeto que pueda reconocer lo que hablo, así como él reconocería un chiste que hago.

Si al hablar se busca este otro sujeto (A), él retorna bajo la forma de un objeto (a) para el sujeto que habla. Lacan desvela así que hay sólo el sujeto que habla y sus objetos, lo que revela una soledad estructural al habitar el lenguaje. Esta soledad, sin embargo, no es tan solitaria en nuestras fantasías, pues no dejamos de suponer siempre que hay un Otro al que podemos referirnos. Un Otro que goza.

Hay así un goce fuera de mi cuerpo que sostiene mi propio goce, pero que es, así mismo, un goce supuesto. El tercero entre mí y mi objeto que necesito suponer que goza para que pueda identificar la porción de mi propio goce perdido.

Referencias

- FREUD, S. (1891) Sobre as concepções da afasia. Rio de Janeiro: Zahar, 2014.
- FREUD, S. (1899) *A interpretação dos sonhos*. Porto Alegre, RS: L&PM, 2016.
- FREUD, S. (1905) Os chistes e sua relação com o inconsciente. Em *Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas Completas*. Vol. VIII Rio de Janeiro: Imago, 1996
- LACAN, J. (1955) *Seminário, livro 2: o eu na teoria de Freud e na técnica da psicanálise*. Rio de Janeiro: Zahar, 2010.